

1 el desorden global

Integración de América Latina y el Caribe

Celac. ¿sólo una sigla más o un salto cualitativo?

Roberto Montoya

Alba (Alianza Bolivariana para América, 2004), Unasur (Unión de Naciones Sudamericanas, 2008), Banco del Sur, 2009, y ahora la Celac (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, 2010). ¿Qué son todas estas siglas y las muchas más dependientes de ellas, surgidas en la última década por impulso de la oleada de gobiernos progresistas que surgieron en América Latina y El Caribe? ¿Y qué ha sido de siglas históricas, como la OEA (1948) o el Alca (Alianza de Libre Comercio de las Américas, 1994), la receta estrella expansionista inventada por Bill Clinton para lograr en diez años controlar todos los mercados de América Latina?

¿Por qué, a diferencia de otros periodos, la economía de los países latinoamericanos y caribeños no se tambalea como consecuencia de la durísima crisis que azota desde hace tres años a las potencias del llamado “mundo desarrollado”? ¿Cómo logra cerrar 2011 con un crecimiento medio anual del 4,3 %, en momentos en que Europa no pasa del 0,3% y en EE UU del 2%?

Según el Foro de Davos de 2011, Latinoamérica relevará en breve a Asia como el área más dinámica del mundo. De acuerdo a la opinión de los más de 13.000 empresarios que fueron entrevistados para realizar el informe anual sobre competitividad del Foro Económico Mundial, esta será “*la década de América Latina*”, resaltando que la forma “*rápida y robusta*” con la que esa región enfrenta la crisis internacional demuestra su fortaleza económica y financiera, en contraste con el actual estancamiento en los países desarrollados y un cierto agotamiento en los *tigres* asiáticos.

Luis Alberto Moreno Mejía, presidente del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), decía en una entrevista a fines de Noviembre pasado en el suplemento de Negocios de *El País*: “*Estamos claramente en lo que yo llamaría la década de América Latina*”. “*Esta crisis tuvo un origen financiero, y*

América Latina no sufrió en ese terreno porque no había instituciones financieras con activos de los llamados tóxicos”, aseguró. Moreno Mejía reconocía que en América Latina hay “una creciente inversión pública, básicamente en transporte y logística, puertos sobre todo, y en recursos naturales como el petróleo y los productos agrícolas”.

Celac, ¿la alternativa a la OEA?

La Celac, que se puso definitivamente en marcha tras su cumbre de Caracas el pasado 2 y 3 de diciembre, es sin duda el mejor ejemplo de hasta dónde han llegado los cambios producidos en la región. Compuesta por 33 países de América, tiene como objetivo convertirse en el instrumento de integración más amplio y representativo de América –solo quedó fuera Puerto Rico- en el que no participan ni EE UU ni Canadá. Es por ello que muchos analistas ya hablan de la Celac como la llamada a ser la sucesora natural de la OEA (Organización de Estados Americanos), pero sin la tutela estadounidense.

A pesar de que en el plano formal la OEA sigue existiendo, su accionar e influencia es cada vez menor. El editorial de *La Jornada* del 4 de diciembre pasado resumía bien la característica contra natura de la OEA, que impide que esta pueda funcionar en el continente americano con los vientos que corren en el siglo XXI. Refiriéndose a la OEA decía que es “*un foro en el que coexisten el poder hegemónico estadounidense con naciones latinoamericanas que, a lo largo de su historia, han sido víctimas de toda suerte de agresiones, presiones, chantajes e injerencias políticas, económicas, militares y diplomáticas de la superpotencia*” (<http://www.jornada.unam.mx/2011/12/04/edito>).

La OEA nació en plena Guerra Fría y fue una pieza muy útil en su momento para Estados Unidos para la implantación de su Doctrina de la Seguridad Nacional en el continente y su lucha anticomunista y “antisubversiva”. Por presión de EE UU, en 1962 Cuba fue expulsada de la organización, hasta que en 2009, la nueva mayoría gobernante en la región hizo que se la invitara a regresar a su seno, invitación rechazada por La Habana. Creada en 1948, la OEA aun hoy día se jacta en su web (www.oas.org.es) de ser “*el organismo regional más antiguo*” del mundo, pero su tiempo se ha acabado. Muestra de ello es que hayan decidido participar en la Celac gobiernos latinoamericanos de derecha y aliados de EE UU como los de Chile, Colombia, Costa Rica, México, Panamá o Guatemala. Es más, el chileno Sebastián Piñera fue nombrado presidente temporal de la Celac, cargo que ejercerá hasta diciembre de 2012. Símbolo de ello también es que los 33 líderes americanos hayan decidido tener su próxima gran cumbre de 2014 en La Habana. Sin duda la cohabitación de gobiernos abiertamente de derecha con otros de corte progresista –aunque muy distintos entre sí-, no permitirá que el suyo sea un camino de rosas.

Declaración de Caracas

En la cumbre de diciembre, presidida por Hugo Chávez, se aprobó la *Declaración de Caracas*, subtitulada *En el Bicentenario de la Lucha por la Independencia. Hacia el Camino de Nuestros Libertadores*, con 39 puntos que abordan temas sobre la unidad, la integración regional y la soberanía de sus pueblos.

Además de dicha declaración, la Cumbre aprobó dieciocho “*comunicados especiales*” (http://www.celac.gob.ve/index.php?option=com_docman&task=cat_view&gid=77&lang=es). En ellos los 33 líderes condenaron unánimemente el bloqueo a Cuba; se pronunciaron a favor de la soberanía argentina sobre las Islas Malvinas –lo que provocó un duro roce diplomático con Reino Unido–; reivindicaron el papel pionero de la rebelión independentista negra en Haití en 1804; defendieron los derechos humanos de los inmigrantes; acordaron la lucha sin cuartel contra las drogas; abogaron por la defensa de la democracia y el orden constitucional y aprobaron tratar conjuntamente el drama de la seguridad alimentaria; la lucha contra la especulación financiera y el control de los precios de los alimentos básicos.

Los documentos aprobados no se pueden calificar precisamente de ambiguos y formales. Sin embargo, las diferencias internas se hicieron visibles en varios puntos e impidieron que se aprobara la constitución de una sede formal y que la Celac tuviera una secretaría permanente.

Tampoco se logró aprobar en la cumbre de diciembre la formación de un organismo para la resolución de conflictos. La derecha logró imponer su criterio para la toma de decisiones –por consenso– frente al de Rafael Correa que proponía que se adoptaran con el voto de cuatro quintas partes y al de Hugo Chávez, a favor de mayorías cualificadas. Aprobar las resoluciones por consenso entre 33 países con realidades y posturas tan dispares puede suponer el gran hándicap del nuevo organismo, por lo que el tema volverá a ser debatido en próximos encuentros. En algunos medios de izquierda latinoamericanos se ha visto también como una concesión de los gobiernos progresistas en aras de la unidad latinoamericana y caribeña el hecho de que la cumbre votara a favor de que el vicepresidente colombiano, Angelino Garzón, fuera candidato a director general de la OIT. En una de esas críticas, las del analista Emilio Marín, de *Alainet*, se consideraba que la decisión suponía un hecho grave, porque Colombia, decía, “*tiene uno de los más altos números de sindicalistas asesinados del mundo*” (<http://alainet.org/active/51376&lang=es>). Ese argumento parecía convincente a primera vista. Sin embargo, Marín omitía recordar que Garzón es un caso atípico en el Gobierno colombiano actual. Ex dirigente sindical; ex secretario general de la CUT; vicepresidente de Unión Patriótica –ligada a las FARC y al PC– hasta 1990; militante de la Alianza Democrática M-19 –el partido de los ex guerrilleros del M-19– hasta 1994; mediador de acuerdos humanitarios con las FARC; opositor a Uribe, respaldó en 2008 al Partido Verde

“EE UU sigue siendo el primer inversor en el subcontinente pero España le disputa diariamente ese puesto sobre el terreno y China se ha convertido en poco tiempo en un voraz competidor”

Opción Centro. El presidente Juan Manuel Santos lo nombró su vicepresidente precisamente como un guiño a la izquierda, como muestra de su *pluralidad y moderación*.

Un revés para EE UU y Europa

La simple creación de la Celac, con la presencia en ella de varios aliados de Washington y el hecho de que adoptara una serie de documentos que van en el sentido opuesto de la política estadounidense para la región, implica un serio revés para EE UU. La Administración Bush, tan ocu-

pada en la *guerra contra el terror* por otras latitudes, desatendió sus intereses en la zona más que los gobiernos que la precedieron, perdiendo terreno día a día. Barack Obama no sólo no ha cambiado la postura de Bush, sino que ha endurecido incluso aun más la posición estadounidense. La intervención de EE UU ante el terremoto de Haití –con un gran despliegue de efectivos militares en vez de los esperados médicos y socorristas- fue todo un símbolo de la posición de su Administración. El apoyo abierto a los golpistas en Honduras y la celeridad en legitimar el gobierno surgido en unas elecciones en las que fue vetado el presidente derrocado, Manuel Zelaya, fue otra confirmación de que el *globo* Obama se desinflaba rápidamente.

La IV Flota volvió a patrullar por las aguas del Caribe como no lo hacía desde la II Guerra Mundial y la *pacífica* Costa Rica de Laura Chinchilla se llenó en 2010 durante varios meses de siete mil efectivos estadounidenses y 45 barcos de guerra para realizar maniobras conjuntas en zonas del Caribe cercanas a Venezuela, seguidas de una serie de provocaciones hacia los gobiernos de Hugo Chávez, Rafael Correa y Evo Morales.

Obama apenas ha relajado alguna de las medidas del bloqueo a Cuba –en relación a las visitas de ciudadanos estadounidenses a la isla y el envío de dinero- manteniendo el grueso de las medidas instauradas en 1962 y adoptando represalias para los países que comercian con la isla.

Repsol ha sido la última empresa española que recibió una seria advertencia del Congreso de EE UU cuando anunció que había alcanzado un acuerdo con Cuba para explotar las nuevas bolsas de petróleo descubiertas en su costa norte. El yacimiento de Jagüey se encuentra a solo 80 kilómetros de Key West, territorio estadounidense.

Treinta y cuatro legisladores demócratas y republicanos han instado al presidente de Repsol, Antonio Brufau Niubó, a desistir de su proyecto, advirtiéndole que “*una asociación con el régimen cubano podría violar la ley de EE UU y entrar en conflicto con otra pendiente en el Congreso*”. El Capitolio encomendó al gobierno Obama que realizara gestiones ante Repsol y el

gobierno español para que se paralizaran esas perforaciones en la costa cubana.

Rajoy será puesto a prueba pronto con este tema. Tendrá que mostrar cómo logra compatibilizar la tradicional postura agresiva del PP contra el Gobierno de La Habana –Aznar consiguió durante su mandato que la UE endureciera su postura- con la defensa de los intereses de una empresa de la importancia de Repsol.

EE UU sigue siendo el primer inversor en el subcontinente pero España le disputa diariamente ese puesto sobre el terreno y China se ha convertido en poco tiempo en un voraz competidor. Los principales bancos y empresas españolas están presentes a lo ancho y lo largo de América Latina y el Caribe, con fuerte presencia en energía, hidrocarburos, telecomunicaciones, banca, y un largo etcétera, consiguiendo en aquella zona un alto porcentaje de sus beneficios globales anuales. El alto crecimiento que se registra en la región supone un balón de oxígeno fundamental para las multinacionales de origen español en estos momentos de crisis en España y otros países desarrollados y es algo que repercute directamente en la economía española.

Con Alba comenzó el cambio

Tanto EE UU como la Unión Europea han logrado firmar tratados de libre comercio con varios países latinoamericanos –Obama autorizó a firmar uno con Colombia tras años de boicot en el Congreso por las violaciones a los derechos humanos en ese país- pero varios gobiernos progresistas batallan contra ese tipo de acuerdos y contra organismos como el Alca. De hecho, el Alca sufrió un golpe demoledor en la IV Cumbre de las Américas de 2005 en Mar del Plata (Argentina) del que nunca se pudo recuperar.

Durante cierto tiempo se veían como demagógicas y de corta vida las acciones de Chávez para poner en marcha la alternativa de la Alba, o Petrocaribe, la entidad por la que se abastece de petróleo venezolano a precio preferencial a varios países, o una TV regional como Telesur, o la alianza de Venezuela con Cuba para operar de la vista a cientos de miles de personas de la zona a través de la *Misión Milagro* o alfabetizar a miles de adultos con la *Misión Yo sí puedo*. Sin embargo, la historia demostró que ese nuevo viento que se levantaba tenía posibilidad de prosperar, que era sólo el comienzo del cambio en la zona.

El núcleo duro de la Alba, compuesto por ahora por Venezuela, Cuba, Bolivia, Venezuela, Ecuador y Nicaragua y que tiene como asociados a Antigua y Barbuda, Dominica, San Vicente y Las Granadinas, viene llevando adelante iniciativas en el plano político, económico, educativo, sanitario, y acordando posiciones comunes ante organismos más amplios, como durante la reciente VIII Conferencia Ministerial de la Organización Mundial de Comercio (OMC).

“Fue Unasur y no la OEA la que actuó inmediatamente, poco después de nacer, para abortar el golpe de Estado contra Evo Morales en Bolivia en 2008”

Inicialmente muchos temían que Chávez boicotaría los organismos latinoamericanos de integración que no hubiera impulsado y controlado directamente. Sin embargo, el pragmatismo del líder venezolano le llevó a pedir el ingreso de su país en Mercosur, una estructura complementaria y no antagonica con otras, y también formó parte desde el primer momento de Unasur, propiciado inicialmente por Brasil.

Varios de estos países miembros plenos de la Alba, Venezuela, Bolivia y Ecuador, participan en Unasur a menudo con posiciones concertadas, compartiendo ese espacio con Argentina, Chile, Perú, Uruguay, Brasil, Paraguay, Guyana, Surinam y Colombia. La sola presencia de países controlados por la derecha como Colombia, Chile o Perú, hacía temer un fracaso a corto plazo, pero, en sus poco más de tres años de existencia ha logrado asentarse como una estructura regional de peso.

Fue Unasur y no la OEA la que actuó inmediatamente, poco después de nacer, para abortar el golpe de Estado contra Evo Morales en Bolivia en 2008. Fue igualmente Unasur y no la OEA la que repudió de inmediato el golpe de Estado en Honduras en 2009 contra el presidente Zelaya y apoyó la operación brasileña para su retorno al país.

Unasur también jugó un papel de mediación decisivo para recuperar las tensísimas relaciones entre Venezuela y Colombia y entre Perú y Ecuador. Pero Unasur es mucho más que eso. Aunque formalizó su actual estructura en 2008 tras conseguir la aprobación de los Parlamentos de sus nueve socios originales, en realidad inició su andadura cuatro años antes, cuando se llamaba Comunidad Suramericana de Naciones. Lo hizo en aquel momento con un plan de integración de envergadura, la construcción de la carretera interoceánica que unirá Perú y Brasil atravesando Bolivia y por la cual este país recuperará su salida al mar y Brasil tendrá una salida al Pacífico. Varias de las fases de esta obra ya están totalmente concluidas. Esta gran obra más muchas otras que han tenido lugar en los últimos años, como el Anillo Energético Suramericano para que Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay sean abastecidos de gas peruano, o el Gasoducto Binacional entre Venezuela y Colombia, el Poliducto Binacional que permitirá a Venezuela exportar petróleo al Lejano Oriente a través de la costa pacífica de Colombia, son parte de la Iirsa (Integración de la Infraestructura Regional Suramericana).

En diciembre pasado tuvo también lugar en Brasilia la primera cumbre de los doce ministros de Comunicaciones y Tecnologías de la Información de Unasur, que aprobó un proyecto estratégico para romper más lazos de dependencia con Estados Unidos. Se trata de la creación de un gigantesco anillo de fibra óptica de 10.000 kilómetros, gestionado por las empresas estatales de

cada país para que las comunicaciones sean más seguras y baratas. Raúl Zibechi recordaba en *La Jornada* que hasta ahora, para enviar un email entre ciudades limítrofes de distintos países latinoamericanos de la costa pacífica, como Perú y Ecuador, es necesario atravesar varios países para llegar a la costa atlántica. Desde esta se sube a través de cable submarino hasta Miami para descender posteriormente por el Pacífico hacia esas dos ciudades limítrofes. “Hasta ahora”, escribía Zibechi, “el 80 por ciento del tráfico internacional de datos de América Latina pasa por Estados Unidos” (<http://www.jornada.unam.mx/2011/12/02/opinion/025a1pol>). Los países miembros de Unasur han respaldado en la ONU a Brasil, que reclama una discusión para lograr una democratización de Internet, actualmente monopolizado por empresas estadounidenses.

Zibechi resaltaba también la importancia de los 31 grandes proyectos de infraestructura aprobados esos mismos días por el Cosiplan (Consejo Suramericano de Infraestructura y Planeamiento) en el que participan los 12 países miembros de Unasur. Entre ellos se encuentra desde un corredor ferroviario entre localidades de Brasil y Chile o carreteras entre Caracas, Bogotá y Quito.

Por su parte, el Consejo de Defensa de Unasur aprobó recientemente en una reunión en Lima una serie de actuaciones para la integración tanto en materia de defensa –con la fabricación de aviones tripulados y no tripulados– y la creación de una agencia espacial regional. Son sin duda pasos importantes para romper con la tradicional dependencia de EE UU para la compra y mantenimiento de armamento para las Fuerzas Armadas latinoamericanas.

Brasil es uno de los países más activos en todos estos proyectos de Unasur, tanto a nivel de las grandes obras de infraestructura y telecomunicaciones planteadas como en la fabricación de armamento. Al impulso inicial a la integración regional lanzado en solitario por Chávez, se fue sumando cada vez más el gobierno de Lula da Silva, dispuesto a hacer valer a nivel regional el peso creciente de su economía y de su influencia política a nivel mundial.

En la última década, Brasil ha hecho avances internos importantes en la lucha contra la desigualdad y la extrema pobreza de millones de sus ciudadanos, al tiempo que se erigía en una gran potencia regional, en activo protagonista dentro de los países emergentes, en el G-20, en los Bric, en la OMC y en la ONU.

Brasil ha hecho valer su poderío económico y político para reivindicar su independencia de EE UU, rechazando las presiones de Washington para que cortara sus estrechos lazos con Irán, con Cuba y el resto de países del *eje del mal* latinoamericano.

La batalla por el control del eje Asia-Pacífico

La pérdida de terreno económico y político en América Latina y el Caribe y los grandes avances logrados en la región por China, han decidido que la admi-

nistración Obama potenciara en el marco del foro para la Cooperación Económica del Asia Pacífico (APEC) un tratado de libre comercio transpacífico (TPP) en el que participarán, además de EE UU, Canadá, Japón, Nueva Zelanda, Malasia, Brunei, Singapur, Vietnam, Perú y Chile, pero no China. Obama llegó a decir en la cumbre de la Apec de Noviembre pasado que la prosperidad de EE UU dependerá del éxito de ese proyecto. “Con cerca de 500 millones de consumidores, hay muchas cosas que podemos conseguir”, dijo el presidente estadounidense.

EE UU pretende que el Apec dispute el control del comercio de esa zona al Focalae (Foro para la Cooperación de América Latina y Asia del Este), en el que participan 18 países latinoamericanos y 16 asiáticos y de Oceanía, incluidos China, Japón, Australia y Nueva Zelanda, representando el 40% de la población mundial, el 30% del comercio total y el 33% del PIB global.

Según las cifras macroeconómicas que importan tanto a ‘los mercados’, como al FMI, el BID, el BM, el BCE y a los analistas de medios de *papel salmón*, América Latina y el Caribe son el futuro. Ya parecen haber olvidado esos calificativos que dedicaban a esos mismos gobiernos pocos años atrás: “populistas”, “irresponsables”, “ineptos” o “corruptos” y se apresuran a cortejarlos y aplaudirlos por aplicar recetas totalmente antagónicas a las que ellos mismos les propusieron. El *milagro* estuvo influido por un nuevo tipo de gobernantes, por una menor dependencia de los grandes centros financieros –lo que los hace menos vulnerables a las crisis-, una recuperación parcial del control sobre sus riquezas naturales y una expansión mayúscula de las exportaciones de materias primas a nuevos mercados, como el chino. Sin embargo, las reglas de juego en las relaciones comerciales con China no varían fundamentalmente de las que se tienen con EE UU o Europa. Varios países latinoamericanos han mostrado ya su malestar con China porque a menudo viola regulaciones nacionales y por sus polémicos estándares laborales y medioambientales.

Por otro lado, buena parte de las obras de infraestructura, carreteras, puentes y vías ferroviarias que se realizan, están en función exclusiva de esas exportaciones, y, a menudo, para ejecutarlas se olvidan fácilmente los rimbombantes discursos de los dirigentes políticos sobre el “respeto escrupuloso” del medioambiente y de los hábitat de pueblos originarios. Esta práctica se ha hecho visible en buena parte de América Latina, incluyendo a gobiernos progresistas como Brasil, Ecuador, Bolivia y otros, lo que ha dado lugar a protestas y movilizaciones de poblaciones indígenas, de campesinos y trabajadores que posibilitaron precisamente la llegada al poder a esos gobiernos.

Es verdad que en general los gobiernos progresistas dedican porcentajes mucho más importantes de los beneficios obtenidos por la exportación de materias primas para mejorar las condiciones de vida de su población, pero muy pocos de ellos han acometido reformas estructurales y productivas de

calado. Venezuela es sin duda el país que ha llegado más lejos en la transformación del Estado. William L. Robinson (2011) lo recordaba en su artículo “Las vías del socialismo latinoamericano” publicado en la edición española de *Le Monde Diplomatique*:

Aunque en 2010 el sector privado seguía siendo responsable del 70% de la producción de la riqueza nacional, la Administración de Chávez, desde su llegada al poder, nacionalizó gran cantidad de sociedades en el sector de la energía, de las telecomunicaciones, de la extracción minera, de la alimentación, de la construcción o del sector bancario. Alentó también la creación de miles de pequeñas empresas agrupadas en cooperativas y redistribuyó varios millones de hectáreas de tierra en beneficio de los agricultores (una etapa que todavía no han atravesado ni Bolivia ni Ecuador).

América Latina y el Caribe han hecho y siguen haciendo importantes avances en lo político, económico y social en la última década, avanzando sin duda enormemente en una integración regional que hace que sus países alcancen cada vez más cuotas de soberanía e independencia. Sin embargo, sólo basta con ver cómo son los propios círculos financieros y los industriales de la mayoría de estos países los que están respaldando a esos gobiernos, y cómo los que protestan y se movilizan en cambio en su contra en la calle son los que los auparon hace pocos años al poder, para ver que algo no funciona. Son esos manifestantes los que les exigen, con derecho —al igual que lo hacen los protagonistas de la *primavera árabe* con los gobiernos que sucedieron a los dictadores derrocados— que cumplan con sus promesas, que profundicen esos procesos, que avancen en definitiva hacia un verdadero socialismo del siglo XXI.

Roberto Montoya es periodista y escritor, miembro de la Redacción de *VIENTO SUR*.